



Escribir & tachar. Narrativas escritas por mujeres en Chile (1920-1970). Andrea Kottow y Ana Traverso. Santiago: Ediciones Overol, 2020. ISBN: 978-956-9667-74-9. 159 pp.

Por Lorena Amaro
Pontificia Universidad Católica de Chile
lamaro@uc.cl

No es usual encontrarse, en el área de la literatura, ensayos a dos voces, como éste que nos ofrecen hoy las críticas y académicas Andrea Kottow y Ana Traverso. La forma ensayística colaborativa es además muy *rara avis* en el mundo de la investigación literaria, tan compelida hoy al artículo indexado y a la búsqueda de reconocimientos individuales. El gesto de estas autoras subvierte, entonces, las coordenadas por las que el sistema de trabajo universitario nos obliga a transitar. ¿Por qué no aunar voces para hablar de literatura, más aún cuando es para hablar de una literatura de mujeres, atomizada, en su tiempo, por las prácticas misóginas y excluyentes del campo cultural? Y, además, hacerlo con un texto que se libera de la estructura hiperformalizada y homogeneizadora del *paper*, para emprender rumbos de libertad, buscando una expresión bastante directa, que puede llegar a un amplio público de lectores (en tiempos de demandas por una mayor democratización y acceso a la cultura). El marco teórico es breve, como lo es también la bibliografía; las autoras no han querido explicitar el enorme bagaje que subyace al texto, en busca de una escritura directa, sencilla, sin interrupciones innecesarias a pie de página. Esto permitiría, eventualmente, que el texto llegue a nuevas y nuevos lectores no académicos, lo que constituye una eficiente estrategia de visibilización de textos que hoy apenas circulan y que lentamente están siendo reeditados por universidades y editoriales autogestionadas. Veo en esta búsqueda ensayística, entonces, un gesto audaz y digno de imitación, al abandonar las zonas de comodidad de la investigación académica —la esperable publicación de artículos o libros especiali-

zados, con que ellas mismas han contribuido al debate en los últimos años, ya sea abordando la construcción autoral de estas escritoras (Traverso), como aspectos de su escritura vinculados con el secreto y la enfermedad (Kottow)—, para ponerse al servicio de la visibilización de las escrituras de mujeres del siglo XX.

El corpus de trabajo que abordan es de narradoras chilenas publicadas entre los años 20 y 70 del siglo pasado. En la introducción, y de cara a la previsible pregunta sobre la escritura de las mujeres, —por qué abordarla, cómo definirla, qué decir sobre eventuales rasgos en común—, ofrecen varios argumentos que explican por qué hoy, cuando el mercado se aprovecha de la diferencia de género “en pos de diversificar sus posibilidades de oferta” (8), sigue siendo necesario relevar la literatura de estas autoras; conscientes del riesgo de biologizar la escritura y perpetuar un gueto literario, argumentan que la literatura que abordarán sigue teniendo una escasa, casi inexistente recepción (incluso tratándose de obras, como las de las escritoras de la generación del 50, que en su tiempo tuvieron repercusión mediática y editorial) y que este abordaje tiene un “potencial estratégico” (8): “Frente a la efectiva invisibilización de muchas autoras en la historia de la literatura y en sus procesos de canonización, podría pensarse la noción de ‘escritura de mujeres’ como estrategia visibilizadora” (9-10) y no necesariamente como una declaración de principios. Una escritura de mujeres que se opone a la escritura de hombres investida como “la” literatura universal. Esta estrategia de lectura se sostiene sobre todo para volver a las escritoras del pasado, “cuando las mujeres no solo se veían fáctica y/o simbólicamente impedidas de participar el mundo literario, sino también de la política y la vida pública” (10). En el ensayo, Kottow y Traverso evitan establecer *a priori* una posible *forma* que aúne todas estas escrituras, pero también asumen que, en un contexto histórico, social y político de discriminación y represión, comparten ciertos rasgos y evidencian la tensión que producen estas asimetrías de poder. En esta línea, el propósito fundamental de este texto es “plantear nuevas constelaciones” (13), posibilitadoras de nuevas lecturas, y que transiten también por obras menos obvias, “no amarradas a una autoría, a una obra, a una generación. . . generadas a partir de temas, tópicos, problemas que se nos comen- zaron a reiterar en diversos textos y que son ahora los que articulan la organización de este libro” (13).

En la presentación del texto, las ensayistas aluden al régimen de excepcionalidad por el cual el canon suele hacer lugar a una o dos “excepciones” en sus filas (en Chile, los nombres de Brunet, Mistral y Bombal son paradigmáticos del siglo XX), lo que suele relegar a un plano de olvido a muchas otras más. Esto se suma a que las “elegidas” por el sistema crítico misógino no son integradas realmente en los programas educativos, ni fueron parte tampoco de una reflexión historiográ-

fica, por lo que muchas de ellas siguen sin estar verdaderamente entramadas en la historia literaria chilena. Estereotipación, lecturas domesticadoras y otras formas de manipulación ideológica provocan incluso la desaparición material de sus textos, hoy de difícil acceso en contadas bibliotecas, lo que agranda la brecha para que se encuentren con nuevas y nuevos lectores. Kottow y Traverso perseveran en el trabajo no solo de lectura e interpretación, sino también de rescate en estas condiciones difíciles, pero no sin confesar que en su búsqueda hallaron mucha literatura que las decepcionó: “Muchas narrativas se nos figuraron repetitivas, de poco vuelo imaginativo, de escasa densidad” (12). Sobre esta decepción plantean, muy consistentemente, que se producen en el encuentro con textualidades que para sus autoras fueron formas de resistencia y testimonio de sus opresiones, entre las que se contó su orfandad educacional, a lo que habría que añadir las condiciones de un campo alejado de los grandes centros culturales. Pese a todas estas condiciones que dificultaron el trabajo y posicionamiento de las escritoras, Kottow y Traverso consiguen reunir un corpus de textos que las “maravilló” por su asombrosa potencia y por el hecho de que varios de estos relatos no hayan tenido hasta hoy un justo reconocimiento.

La lectura de estas obras abarca dos grupos: aquellas que comienzan a escribir en las décadas del 20 y 30 y, luego, las narradoras de la llamada generación del 50. La manera de abordarlas es hacer un recorrido, en seis capítulos, por las constelaciones anteriormente mencionadas.

En el primer capítulo, “Devenir escritoras”, Kottow y Traverso analizan la difícil conformación de la autoría femenina en el período señalado y su escasa inserción en el campo literario. Cuando hay una respuesta más favorable a su trabajo, no se las integra del lado de sus contemporáneos, desvinculándolas también de los debates nacionales y mundiales del mundo cultural y político. Sin lograr leer realmente los signos de la autoría femenina, el “aparato crítico profesionalizado” (19) ya existente en ese tiempo tiende a “virilizar” estas escrituras, absorbiéndolas en las formas de atribución y valoración propias de la crítica misógina. “La categoría ‘mujer’ en el ámbito letrado designaba no solo a una intrusa, sino a una impostora, que fingía saber” (20,) argumentan las investigadoras, para dar lugar a un interesante análisis sobre su inserción. Recogen un conocido artículo de Adriana Valdés, publicado en 1968, en que la crítica cataloga como “aficionadas” a la mayoría de las autoras publicadas entre el siglo XIX y la generación del 50 (solo Brunet y Bombal funcionarían, en esta perspectiva, como “novelistas”). Kottow y Traverso se detienen en la lectura de Valdés para explorar el concepto de “aficionada”, poniéndolo en relación con el aislamiento y las dificultades que hallaban las mujeres chilenas para educarse y profesionalizarse, lo que las pone en desventaja respecto de otras escri-

toras en el continente. Aun así, y atendiendo a los diversos conceptos que se puede tener sobre la “afición”, Kottow y Traverso cuestionan que las escritoras nacionales hayan carecido de estrategias para validarse en el campo como “legítimas detentadoras del nombre de ‘escritoras’” y los análisis posteriores demuestran cuáles fueron sus estrategias y temas, entre los cuales se encuentra la reflexión sobre el acto de escribir en sí mismo, actividad en la cual debieron enfrentar una serie de obstáculos familiares y sociales. El argumento que esgrimen es fundamental:

Las que fueron consideradas ‘malas novelas’ hoy podemos leerlas como las críticas que instalaron las mujeres respecto a las limitantes de género en el acceso a la educación, al trabajo, al campo de la cultura y la literatura; críticas muy poco atendidas en su tiempo y que podemos releer ahora en un contexto ciertamente proclive a la comprensión de estas demandas (29).

En los capítulos posteriores emprenden diversos análisis vinculados con los mundos narrativos de estas autoras y su formalización literaria: su vínculo con el espacio y la cultura de la hacienda (“Expulsadas del paraíso”), la instalación de la “culpa” en las genealogías familiares (“Culpas femeninas”), la patologización de la conducta femenina (“Desde la enfermedad”), la búsqueda de la autonomía y el recurso del suicidio (“Atentar contra la propia vida”) y el autoerotismo (“Deseo de sí”). En el caso de la hacienda, proponen una lectura de algunos textos que Grínor Rojo no recoge en su trabajo sobre *Las novelas de la oligarquía chilena* (2011), que se caracterizan por levantar la figura de la nostalgia para narrar la pérdida del paraíso de la hacienda, a causa de “la desaparición de los patriarcas” (45), que desestabiliza la forma de vida de la oligarquía chilena generando una caída de las protagonistas y que, en algunos casos, es el primer impulso hacia la escritura y tal vez, hacia la emancipación.

Extraordinarios resultan los análisis sobre la culpa que plasman algunas de estas autoras en la construcción de genealogías marcadas por lo que Kottow y Traverso denominan “acontecimiento fuera de escena”, uno de los mayores aciertos interpretativos del volumen, por su fertilidad analítica. Desde esta óptica analizan diversas novelas, pero especialmente realizan un bello trabajo con la lectura de *El huésped* (1958) y *La culpa* (1964), de Margarita Aguirre; hay un acontecimiento violento, originario, que estaría en la raíz de la autoconciencia de las protagonistas: “Aunque no podamos escuchar el grito, este se vuelve un gesto que significa a través de lo ausente” (71). El análisis del acontecimiento desde textos de Slavoj Žižek, Gad Sousanna y otras propuestas filosóficas, les permite articular un aparato interpretativo que releva la instalación espectral de la culpa en la performance de las protago-

nistas y sus genealogías. Recogen asimismo el estupendo análisis de Raquel Olea, “Escritoras de la generación del cincuenta. Claves para una lectura política” (2010), para abordar la articulación del silencio, lo no dicho, lo inaceptable que sojuzga a sus personajes, en estas novelas, y al respecto concluyen: “la culpa es la vida de las mujeres. . . Una culpa que trasciende generaciones, que se inscribe en los cuerpos de las mujeres, más allá de los supuestos avances con relación a las conquistas de libertades y autonomías” (86).

En otros textos, Andrea Kottow ha trabajado ya la cuestión de la enfermedad en estas literaturas. Aquí aparece en una bien razonada continuidad con el capítulo anterior, para indagar en la patologización de los cuerpos y conductas femeninas con base en el secreto como aspecto constitutivo de la existencia. Muy interesante resulta que, desde nuevas perspectivas, Kottow y Traverso emprendan el análisis de un libro que ha sido objeto de diversos trabajos: *La amortajada*, de María Luisa Bombal, ofreciendo nuevas perspectivas para su lectura. Para ello tienden puentes con el trabajo de la filósofa Cecilia Sánchez y su noción de “escritura espectral” (95) que produce el tránsito de la modernidad de lo “bárbaro” a lo “civilizado” a través del pasaje letrado, lo que genera “restos de lenguaje en la cultura latinoamericana, que no obedecen a la idea de la letra moderna” (95). Un capítulo que se detiene también en la figura de la histeria y en la conceptualización de la sinestesia para abordar textos como *Cuaderno de una muchacha muda* (1951), de Margarita Aguirre, o la ninfomanía en *La mujer de sal* (1964), de María Elena Gertner. De acuerdo con Kottow y Traverso, estas autoras adoptan una serie de íconos patológicos, que “reescriben” y “sobreescriben” (109), nucleando imágenes que hacen de la enfermedad “la cifra de una doble anomalía: ser escritora y ser mujer” (109).

En el capítulo siguiente, las ensayistas conectan muy eficazmente las situaciones de cautiverio e inmovilidad que han trabajado antes, con la insistente aparición del suicidio como alternativa de las mujeres de la primera mitad del siglo XX a su escasa posibilidad de elección y autodeterminación; parte del análisis aborda las perspectivas existencialistas, muy vigentes en la época en que fueron escritos estos textos. El suicidio y su escritura son analizados “como un acto político que busca hacer públicas las infamias de lo privado” (122), rescatando el sentido utópico que en sus textos cobra la liberación del género (131).

Para cerrar estos recorridos interpretativos por las novelas elegidas, las autoras optan por escribir sobre el autoerotismo, específicamente en los relatos *La última niebla* (1934) —nuevamente una interesante relectura de Bombal—, y *Juana y la cibernética* (1963), de Elena Aldunate, textos protagonizados por una mujer burguesa y una obrera que incursionan en el autodescubrimiento de los cuerpos desde el con-

tacto con la naturaleza y la técnica; “en ambas narraciones aparece el deseo como potencial fuerza liberadora, canalizado por el sexo solitario sin testigos, como umbral hacia una fantasía cuyos únicos límites están dados por la imaginación” (143). En el epílogo del ensayo, Kottow y Traverso reflexionan sobre la figura de narciso como “figura (auto)castigada, que se debate entre los intentos de ser para otro lo que este pretenda y espere, y el continuo fracaso de sostener esta imagen”, para aludir a las condiciones de enunciación de estas autoras tensionadas por la inscripción en un campo cultural predominantemente masculino. El resultado: un espejo trizado y una dicción que vascula “entre el deseo y su negación” (152).

Con este libro, que sugiere en su título —“Escribir & Tachar”— las dificultades que afronta la escritura femenina, Kottow y Traverso contribuyen a reescribir la historia literaria del último siglo, buscando poner estos textos en diálogo con su tiempo, y acercándolos, además, a nuevas y nuevos lectores. Con ello suman sus voces a otras muchas que en las últimas décadas ofrecen perspectivas para repensar el canon, sus tradiciones y el archivo que falta recuperar. Un trabajo en la línea de otras aportaciones realizadas por Lucía Guerra, Eliana Ortega, Raquel Olea, Kemy Oyarzún, Patricia Rubio, Ivette Malverde, Berta López, Damaris Landeros, Marcela Prado, Rubí Carreño, Patricia Espinosa, Natalia Cisterna y tantas otras que han procurado con su escritura repensar el pasado y con ello reformular, también, los ejercicios críticos del presente.